

El Sitio de San Mateo ó el sacrificio de Ricarte.

En la República de Venezuela al oriente del Lago de Valencia hay un lugar llamado San Mateo, celebrado con entusiasmo por las contiendas marciales que sostuvo un pueblo heroico por recuperar su libertad y por el más grande ejemplo de virtud que nos pueda referir la historia.

Cuando Bolívar el Libertador de Caracas lidiaba con las huestes españolas para realizar el árduo empeño de dar independencia á su patria, había en sus filas varios jóvenes Granadinos, restos respetables de un ejército victorioso que llevó de la Nueva Granada y con el cual libertó á Venezuela de la postración lastimosa en que permanecía por la inhumanidad de sus tiranos. ¡Qué de violencias, qué de atrocidades, qué de horrores y abominaciones no cometían las fuerzas realistas capitaneadas siempre por bandidos y animados de un odio cruel contra el inocente Americano! Ellas habían jurado su esterminio, y por todas partes habian que considerar el fiero ostrugo de la guerra á muerte que patriotas y realistas se hacían con tanto encarnizamiento. Bolívar, jefe ilustrado y con todas las cualidades del militar, no merecía guerrear con malhechores, y aunque favorecido de la fortuna vióse una vez en el caso de desespearar del buen éxito de su grande empresa; pues cuando apenas contaba con un reducido ejército para activar el bloqueo de Puerto Cabello, y atender á varias guerrillas que asolaban los pueblos comarcanos, supo que uno de los jefes españoles más terribles, el sanguinario Bóves, había reunido fuerzas muy considerables; y comprendiendo que no debían ser otro su designio que dirigirlo á la capital, resolvió ir á encontrar á su formidable enemigo y confiar la suerte de la patria á la contingencia de una batalla. Con 1,800 hombres estableció su cuartel general en San Mateo, situado en una ruta que traía al enemigo. Esta campaña si no aseguraba la independencia de Venezuela por su buen resultado, sí es cierto que la pérdida de una batalla era muy probable el sostenimiento completo de todas esas bellas comarcas al mas pesados yugo de la tiranía. En efecto, despues de la derrota no quedaba ni jefe republicano otro recurso que encerrarse en el imenso recinto de Caracas á hacer una vana resistencia.

Contado el cólico Bóves en sus 2,000 fusileros y 7,000 jinetes, se convenia con el penamuno de lidiar con el jefe mas nombrado de los republicanos y de arrojarse en sus crecidas huestes. Comenzó, pues, atacando las avanzadas de los patriotas, y siendo fuertemente rechazado se retiró á vaquiar en las alturas de una cordillera que limita al sur el pequeño valle en que está situado el caserío de San Mateo. Al siguiente día muy de mañana se precipitaron sus temerarios escuadrones con una vocería suya sobre los impávidos republicanos que hacían en ellos una matanza horrorosa. Nunca fué mas activo el incansable Bóves: el mismo guiaba los suyos al combate; todo lo proveía, y su presencia lograba eludir ó vencer los peligros á que le esponía la pericia del capitán americano. Mas al fin el ala izquierda de los patriotas hizo retroceder la derecha de los realistas, Bóves se siente herido, se retira á sus alturas, y Bolívar queda victorioso despues de diez horas de combate en que el pueblo y los caminos quedaron empapados en sangre y cubiertos de cadáveres.

Durante diez días permanecieron los combatientes en sus campamentos sin intentar hostilidad alguna. En este intervalo supo Bolívar que el feroz Rosete marchaba sobre la capital con 3,000 bandidos que amedrentaban y llenaban de angustia á los pechos mas valerosos, y tuvo que enviar 300 hombres de lo mas bravo de sus tropas para auxiliara. Y esto acaeció despues de habers-le frustrado el proyecto de apoderarse del español que acompañado de unos pocos habia ido á curarse la herida á un pueblo inmediato.

A pesar de que los realistas carecían de municiones y de la presencia de sus jefes en las fuerzas patrio-

tas los animó á varios ataques en que fueron rechazados con pérdidas considerables. Tres días habian transcurrido ya sin que proyectaran algo de importancia á consecuencia de una derrota dada á algunos cuerpos de caballería, cuando llamó la atención de las tropas de Bolívar una algazara repetida con que saludaban y victoreaban las huestes realistas á su porfiado caudillo que restablecido de sus males volvía con mayor tesón á continuar el sitio.

Se dispuso nuevamente á la defensa el campamento americano; y en la colina de una cordillera paralela á la en que se acampaba Bóves, y que cierra al norte la llamada que servía de palenque, situó Bolívar su abundante parque el cual á un joven oficial llamado Antonio Ricarte, uno de aquellos bizarros Granadinos que habian contribuido á formar la reputación del soldado venezolano. Acometieron, pues, los realistas con vigorosos ataques que hacían infructuosos el vivo coheteo y el fuego constante de la fusilería enemiga; el jefe realista irritado de su misma impotencia desplegó todo su furor y toda su desesperación, y conociendo que era imposible triunfar con lanzas de los patriotas, concibió la siguiente estrategia, que en la madrugada del día próximo una fuerza columna tomase por detras de los cerros en que los patriotas apoyaban su ala izquierda y se apoderase del parque por sorpresa; proyecto muy fácil para ejecutar por estar la casa en una posición adecuada á su intento; y que para burlar la vigilancia del jefe patriota el mismo atacaría muy de mañana todos los puntos de su campamento con el resto de sus fuerzas.

Rayaba apenas el alba cuando el indómito Bóves comenzó la lid con un fuego general, gastando para esto las últimas municiones que tenía de reserva; los impávidos patriotas resisten con bravura el ímpetu de los realistas, cuyo jefe nada omite para asegurar un resultado decisivo. Por ambas partes se sostuvo el combate con igual vigor; y cedían los grupos de lanceros á la impetuosa irrisistible de los patriotas, cuando de repente se presenta en las alturas la columna que debía sorprender el parque; su presencia infunde ánimo á las tropas del rey, desdienta á los republicanos y desconcierta todos los planes del Libertador de Caracas; su ala izquierda iba á ser atacada por la espalda, y el enemigo quedaba dueño de las municiones. Bolívar se vió vencido por la astucia del Español.

Ya se arrojaba la numerosa columna sobre el parque custodiado por el joven Ricarte con una pequeña escolta incapaz de oponer resistencia. Los combatientes suspendieron involuntariamente su encarnizada lucha para atender al éxito de aquel trance fatal que debía decidir tan larga y cruel contienda. Cuando vieron los realistas que la pequeña fuerza de Ricarte salía en retirada, interrumpieron este discurso solemne pronunciando en gritos de alegría que anunciaban el triunfo acaecido, despues de esta vocería se oyó una explosión cuyo pavoroso estruendo se repercutió por las cordilleras, y espesa nube de humo cubrió ambos ejércitos. El soldado español no sabia que una inspiración sublime habia de iluminar la mente de Ricarte, por cuyos hermosos ojos radiaba su grande alma destellos de un valor heroico y de patriótica pasiones. Al... el pensamiento se hierde. Tremontarse á la elevación de tanta grandeza; y el corazón deramente conmovido se encuentra con un medio de su fricción. Su alma su vida á una patria que no era la suya. Perdoname Ricarte, yo olvidaba que todo pueblo oprímido es la patria de los que como tú odian la tiranía. ¡Perentorio y eminentemente heroismo para todas las edades! El soldado republicano olvidaría su gloria; el inhumano Bóves lleno de amor, creyó en la virtud; y mientras el sentimiento de libertad anima el pecho de los mortales, el mundo todo recordará el santo tributo de admiración.

El magnanimismo civil comprendió la importancia de la ocasión; y arrastrado por su entusiasmo generoso determinó probar al mundo que podía soportar sobre su frente el peso de una corona de

glorias marciales: despidió á sus soldados para que fueran á incorporarse á sus filas, dejó que los enemigos ocuparan la casa del parque, y entones incendió los pertrechos, pocos fueron los soldados que pudieron salvar sus vidas de esta asechanza militar que acabó las fuerzas del Español, el cual amedrentado se retiró á sus alturas. Allí resolvió no esponerse á nuevo escarmiento y levanto el sitio despues de haber perdido 3,000 hombres en estos intentos liberticidas.

De este modo pudo un hombre solo triunfar de la ferocidad poderosa en las sangrientas lides del despotismo el 25 de Marzo de 1814.—(La V.)

FORMAS DE LA TIRANIA.

Creó Dios al hombre á su imagen y semejanza, dotándole de los mismos derechos, é inspirándole las mismas necesidades que á todos los de su especie.

Así que, en el estado primitivo, la humanidad constituía un todo simple, sin ofensivas distinciones de casta, y sin irritantes privilegios de personas, diferenciándose únicamente los hombres entre sí en el grado, mas ó menos perfecto, de sus aptitudes individuales, tanto físicas como morales, sin que por esto quedase reconocida el principio de la solidaridad. Y esta diferencia era natural y conveniente, porque de haber establecido la igualdad hasta lo absoluto, hubiera resultado un equilibrio universal, y seguidamente, la paralización completa de todas las fuerzas, quedando así negada la primera entre las leyes ordinarias que rigen al mundo: la ley del progreso social.

Además, contemplemos por un momento á todos los hombres iguales en estatura, en robustez, en agilidad, en temperamento, en color, &c. y tendremos reducida la obra inmensa de la creación á las mezquinas proporciones de un taller de alfilería.

Desdudamos al mundo de las magníficas gajas de su portentosa variedad, y su morada nos sería mil veces mas triste y pesada que la del hambre recitando un sombrío cementerio.

Pero acontece, andando los tiempos, que esa necesaria desigualdad de la naturaleza individual pasa á la vida social, y se dilata en ella, corrompiendo las condiciones eternas de la existencia humana, como tendremos ocasión de observar en el desarrollo de estos estudios.

Las primeras generaciones viven por mucho tiempo bajo la ley de la igualdad primitiva, sin otro poder superior que el que ellas mismas se crean, para que les sirva de guía en las luchas intestinas que suscitan entre sí las diversas tribus. Vida de incesante pelear, en que se necesita ser mejor, y por eso vemos que se coge por casualidad al mas bravo de entre todos los guerreros. Que la elección no ha sido este objeto de escrutela, en que la masa de los combatientes sobresale otro como mas bizarro, pues todos sus compañeros le ceden el primer puesto, y el antiguo jefe mismo vuelve á confundirse con aquellos de cuyo seno habia salido poco antes. Consiste esta armonía en que hasta ahora solo se reconoce el grande y mucho interés de la comun conservación, ante cuya necesidad todo cede y por eso en la balanza donde se pesa el mérito y el desmérito no se colocan otros hechos que los puramente personales.

Pero las querellas se hacen cada día mas reñidas; las correrías que antes hacían las tribus para su entretenimiento y conservación acaban por sangrientas lides, y la necesidad de la permanencia en estado de guerra, y la constante marcha en hueste prepara á los unos para la obediencia, mientras que aficiona á los otros, en demasía, al hábito de mando. Van aquellos perdiendo, insensiblemente, de sus derechos, mientras que estos van ensanchando, en razón inversa, sus prerrogativas; y los que empezaron siendo mejores jefes militares de fuerza, por honra de la aclamación pública, acaban por proclamarse superiores en virtud del mero caperío.

Como si la soberanía colectiva pudiera enajenarse el pueblo si la acción política de un pueblo pudiera poseerlos!

Pues ved aquí la causa primordial y generadora del poder supremo, que durante una larga serie de siglos viene pe-

sando sobre la humanidad, por derecho propio, con las pretensiones de autoridad tutelar y de gobierno.

Para la vida del campo y de las tienditas rústicas á las poblaciones, y á la sencilla organización militar de una sociedad guerrera, sucede una organización gerárquica, civil y política, tan opresiva como vitrajante á la misma Divinidad en la obra maestra de sus criaturas.

Los hombres han perdido el derecho de renunciar á una porción de su libertad individual, para con el conjunto de estas fracciones constituir el verdadero poder supremo; es decir, una garantía suprema que les asegure el ejercicio de la restante contra todo género de ataques. La totalidad de sus libertades ha caído en su ostro, y al celarla aquellos hombres de menos se sienten agoviados por el peso enorme de duras cadenas y su atención para exhibir un quejido de protesta contra la mayor y mas nueva de las usurpaciones.

La soberanía queda sujeta al gradador de la fuerza, y la libertad divina es negada por la escavidad humana.

En este período, que se prolonga como la eternidad por la insostenible pesadumbre de sus abominaciones, fué cuando apareció en la escena pública una serie de hombres muditos, cuya memoria debían tener siempre presente las generaciones, así actuales como venideras, para evitar el ser arrastradas hácia situaciones tan bárbaramente tiránicas como por las que han atravesado sus antepasadas. ¡Quién no recuerda viniendo ya á la luz pública conocida con santa indignación, mezclada de gélido pavor, los hombres de los Tiberios, Claudiagos, Nerones Domicianos y Cómodos; turba de monstruos disfrazados con el purpúreo manto imperial? Tigres humanos, cuyas inocentes distracciones solían consistir en irritar á las fieras que con solícito esmero cuidaban dentro de sus mismos palacios, para arrojárselas, en son de alegre fiesta, sobre hombres inertes y desnudos; ó bien en incendiar poblaciones, para gozar, durante la lóbreguez de la noche, de mágicas perspectivas.

El despotismo de los emperadores romanos parece haber sido permitido—ha dicho un célebre escritor—para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que puede conducir á los hombres la embriaguez del poder absoluto.

Y nosotros añadiremos "así como para hacer comprender á los hombres que no dejarán perder nunca impunemente el precioso depósito de las libertades que el Supremo Hacedor les confió con la existencia."

PREFECTURA DEL DEPARTAMENTO ORIENTAL.

En la ciudad de Granada á los 18 días del mes de Agosto de 1856, reunido el cuerpo municipal en junta ordinaria, deseoso de regularizar el cobro del piso dedicado á la mejora y composición de calles y calzadas, y oído el dictamen de los Sres. municipales, quedó acordado por mayoría de votos, que las carretas, carretones y demás carruajes que se ejercitan en el tráfico, comunicaciones, y paseo en las calles de la ciudad, se matriculasen pagando en vez de un real diario que hasta la fecha han pagado, solo veinte reales al mes las primeras, y los demás carruajes, dos pesos, todo adelantado; para cuya comisión se tuvo á bien nombrar á los Sres. don Juan Peralta, y don Julio Martínez, miembros del mismo cuerpo.—Granada, Agosto 25 de 1856. FRANCISCO AGUIERO.

AVISO.

El que suscribe ofrece dar una gratificación de 20 pesos á quien le entregue un reloj de oro, de fábrica inglesa, que perdió en abril último con su nombre grabado en el interior. El que lo encuentre puede ocurrir á la casa de los Sres. don Pánsito y don Gabriel Lacayo.

Granada agosto 19 de 1856. ANTONIO FALLA.

No necesitan Ojateros, Herreros, Galbaneros, Carpinteros, Embaladores y Herreros.

Ocurrase al Sr. Thomas F. Fisher, Q. M. Jeneral.

IMPRESA LIBERAL en la plaza frente á la casa de Gobierno.